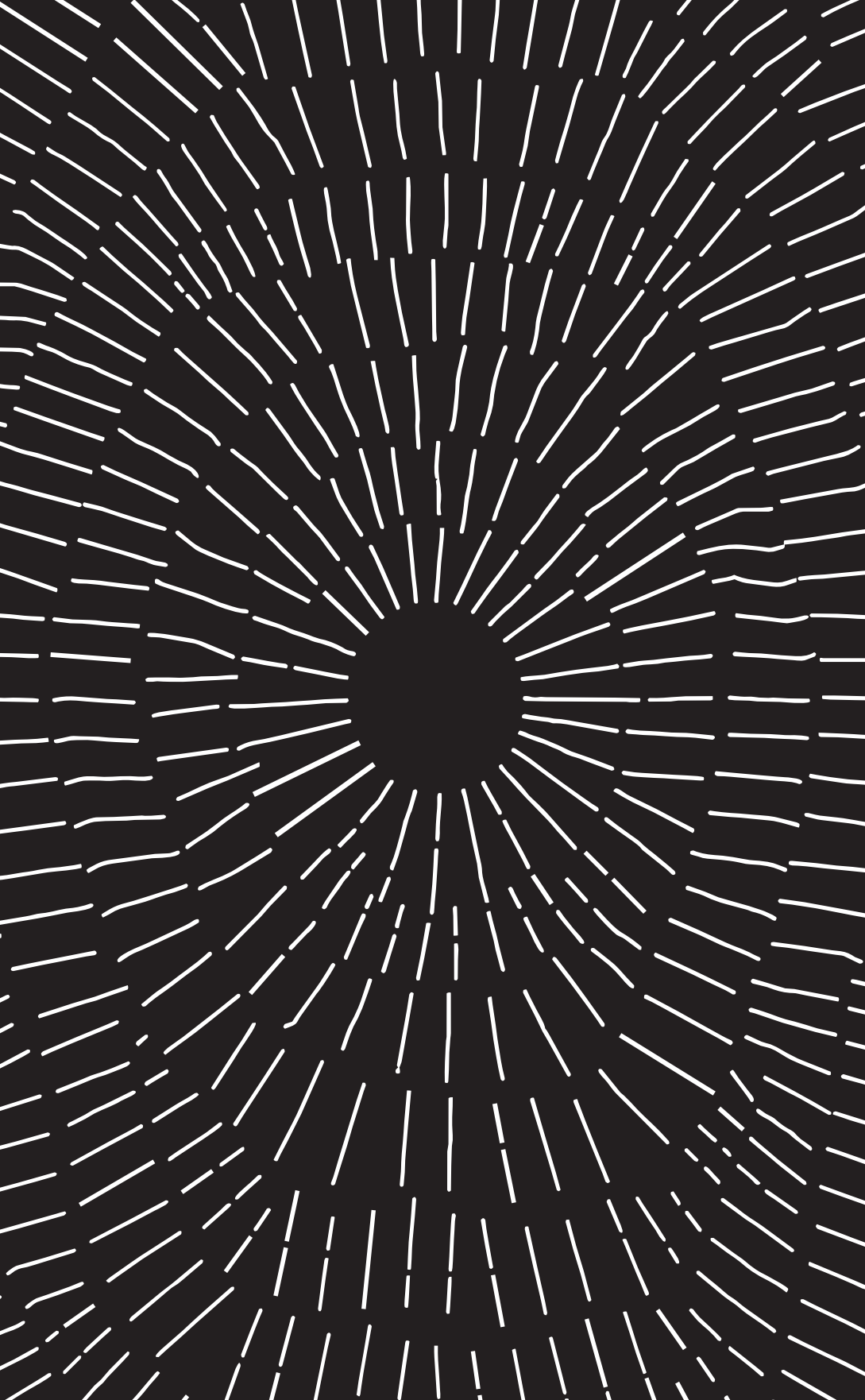


# NO SE MUERE SOLO UNA VEZ

# NO SE MUERE SOLO UNA VEZ

ÁLVARO DÍAZ DEL REAL

Durii

A aquellos que se empeñan en sostenernos
cuando nos precipitamos al abismo.

A Pablo, Rafa y María.

A ti. Tú sabes quién.

Escribir es un acto de exorcismo.
Se trata de vomitar los demonios
que uno lleva dentro.

Y, o se escribe desde las tripas,
desde los detritos alojados en los intestinos,
o no vale la pena,
mejor dedicarse a otra cosa.

Escribir es un gesto de pureza.
Observar tu reflejo
y hacerte cargo de la mierda
en la que te has convertido.

# *Prefacio: El Hoyo*

La gente suele pensar que caer en el Hoyo, en una profunda desesperación, sucede de repente. Que un día te levantas y ¡ZAS!, ya estás en la mierda. Nada más lejos de la realidad. Ocurre de manera paulatina, fotograma a fotograma, sin que te des ni puñetera cuenta.

El Hoyo es un espacio liminal; un área de tránsito en la que dejas de ser tú mismo para convertirte en una caricatura. Sumido en su oscuridad, la incertidumbre te bloquea, te paraliza; te llueven hostias por doquier y a lo máximo que puedes aspirar es a poner la otra mejilla. Pierdes la fe, la esperanza; ese brillo que caracteriza a este constructo que hemos convenido en denominar existencia.

El Hoyo es un estado físico y mental en el que te desambiguas. Olvidas tu *yo* anterior. Ignoras tu *yo* futuro. Pero lo que es aún más importante: eres incapaz de reconocer tu *yo* presente. Hasta el punto en el que un día te levantas, te miras al espejo y te preguntas: ¿quién carajo soy?

La culpa torna en tu compañera de viaje. Y no importa cuantos kilómetros creas haber metido entre ella y tú. Te sigue allá donde vayas; se adhiere a tu piel como un parásito, haciéndote creer que vives en una suerte de simbiosis. Te culpas por fumar de más; o por hacerlo. Por beber mucho; demasiado. De las drogas que consumes para que hablar. Te culpas porque un día tu pareja te comentó que habías descuidado tu aspecto y que lucías una

incipiente barriga que debía ser erradicada; por haberte meado fuera del tiesto lanzando un chascarrillo al límite del decoro en una reunión con amigos; por haber mostrado un comportamiento patriarcal —aunque tú estés comprometido en la tarea de deconstruir tu masculinidad— y por descontado, por estar malgastando tu vida en un trabajo, que aun siendo tu pasión, le sobra mes al final de nómina.

Mas existe un tipo de culpa que deviene en la más peligrosa de todas. Nace de tus entrañas y se expande por tu organismo pervirtiendo su esencia. Hunde sus raíces en la humillación, la manipulación y la vejación sistémica. Erosiona tu identidad, reduce tu autoestima a la mínima expresión; a que no dispongas ni de una mísera miga de orgullo con la que mojar las últimas gotas de integridad que restan en el plato de tu decencia.

Si crees haber llegado a este extremo, significa que has desembocado en los confines de tu personalidad, resultando crucial para tu supervivencia que enarboles todas las banderas rojas de las que seas acreedor, pues te encuentras en una coyuntura en la que nada tienes, pues hasta de lo más accesorio has sido desprovisto; nada anhelas, dado que te fue hurtada la ilusión; y nada quieres, al haber renunciado a cualquier atisbo de voluntad.

Culpa, culpa y culpa sobre culpa. Capa sobre capa. Nunca tuve piedad conmigo mismo. Tampoco compasión. Y es por ello que, sin pretenderlo, me encontré deambulando por un laberinto cuya única salida fue la de mi propia autodestrucción.

# 1

# *Cuaderno de bitácora de un alma a la deriva*

La teoría de lianas es un conjunto de ideas que se remonta a los orígenes de nuestra civilización. Según sus postulados, allá por el pleistoceno, un homínido, que no homo sapiens «¡estoy hablando de los albores de nuestra especie, chaval!», un día cualquiera, se sentó en una roca y comenzó a quebrar su sesera reflexionando acerca de lo agotador que resultaba errar a diario, pasando de liana en liana, con la sola finalidad de elegir un árbol en el que poder vivaquear a salvo de las criaturas que pululaban por la superficie terrestre. De este modo, concluyó, que si renunciaba a las lianas para desplazarse y se decantaba por elegir un único árbol como morada, las fatigas propias de su carácter nómada cesarían de existir. Y fue así como falleció la poliarbolidad.

Años después, ignorante de haber inventado lo que siglos más tarde se denominaría sedentarismo, meditó sobre lo cansino y problemático que le suponía atender a las exigencias reproductoras de las hembras de su tribu. Porque si la vida era tan corta y puta: ¿no sería más cómodo y fácil simplificarla atándose a una sola al igual que un día decidió liberarse del yugo de las lianas?

Y desde que esa pregunta fue elevada, nada volvió a ser como antes.

1

# *Lo nimio*

Es curioso, a veces un nimio suceso, un trivial evento: un perfume, la mirada de un extraño o la silueta de una nube, puede derivar en una catarata de emociones de difícil digestión. Como en esa ocasión, en que saboreando un café en una gasolinera de la N-IV, pasaron por el televisor que colgaba del techo, una postal de París acompañada de una música de acordeón que sonaba a través del hilo musical del establecimiento. Entonces, rememoré aquella vez que quedamos en un bar de Lavapiés y apareció con una boina posada oblicuamente sobre su cabeza. Esa imagen; tan hermosa, tan desgarradora, se incrustó en mi corteza cerebral y por más que lo intenté no pude desposeerme de ella. Lo que provocó que durante la mayor parte de la jornada estuviera debatiendo conmigo mismo si incumplir la obligatoria desconexión que nos había impuesto y escribirle con algún pretexto. El más verosímil de los que imaginé fue preguntarle si quería que le comprase uno de esos imanes de nevera que gustaba de coleccionar. Como aquel que le regalé a mi regreso de un viaje de trabajo a Ciudad del Cabo en el que aparecía la efigie de Nelson Mandela y que acabó hecho mil pedazos contra el piso de su cocina a las tres horas de ser adherido a la puerta de su nevera.

Evoqué ese episodio no por el imán en cuestión, sino porque esa mañana en la que aterricé y fui directo hacia su casa con la ilusión de un chiquillo que abandona el colegio para iniciar las vacaciones estivales, me acabó comunicando que en mi ausencia se había zumbado a un cualquiera que había conocido una noche de copas por el centro. He de reconocer que aquella confesión me hizo daño. No tanto porque se hubiera follado a otro, ya que eso suponía jugar conforme a las reglas que ambos habíamos edificado en horas de charla, pedagogía, empatía y derroche de gestión emocional. No, lo que me jodió es que no era el momento de hacerlo. No lo era. Tenía el convencimiento de que habíamos logrado alcanzar un equilibrio en el que sentía que ella me amaba y yo le correspondía con equivalente intensidad. Aquel día, debería haberla mandado a freír espárragos y exiliarla mentalmente a una isla llena de monos y palmeras, en la que poder follarse a gusto a cualquiera de sus habitantes, sin tener yo que ser informado de tal circunstancia. Pero no. En cambio, continué abonado a sus silencios, a sus tiras y aflojas, a sus conclusiones sobre mi persona, al dolor que me provocaba.

Hay gente que por obstinada se resiste a aceptar la realidad. No importa la de veces que se choquen contra la pared. Su fe es enorme, no desisten. Su confianza en la bondad humana es imperturbable. Por el contrario, existen otro tipo de sujetos cuyo único móvil es su propio ocaso. Carecen de esperanza; su única fuente de placer reside en exprimir al prójimo. Y si así se lo planteasen podrían absorber la energía de un sistema solar con un arqueo de cejas. Y yo, maldita sea mi calavera, pertenecí a la primera estirpe. Y al igual que trabajé durante años, por pura vocación, haciendo reportajes para una revista digital de viajes

cuyo público objetivo eran burgueses con ínfulas de *hippie*, me resultó imposible renunciar a ella, a nosotros, a un futuro común.

Nací un 20 de abril en la casa del zodíaco de Tauro. El horóscopo de los perseverantes, de los románticos, los pasionales e irreductibles. Nací un viernes de 1984 bajo el nombre de Gael. Y desde que fui expulsado del útero de mi madre al juego de la vida, mis cartas estaban marcadas.

**Gael Landaluce Romero**
*<landaluce@fueraderuta.com>*
***Para:*** *redaccion@fueraderuta.com*
***Asunto:*** *Cuaderno de bitácora#1*
*Sa. 09.11.2024. 10:05*

Buenas Luisa,

Hace un par de días que llegué a Cabeza de Vaca, capital de Isla Estevanica. He reservado una habitación en un hotel del casco viejo con vistas al Caribe. Por la mañana, a través del ventanal del cuarto entra una luz cegadora que me obliga a levantarme muy temprano. Ya he fichado un bar de esos que nos molan desde el que degustar un buen café mientras observo a la gente pasar y registro sus caras, sus vestimentas, su habla, sus cuchicheos. Tranquila, estoy bien. Espero que el trópico me ayude a encontrar la inspiración. Esa que las musas parecen querer negarme últimamente.

Adjunto te dejo un archivo con mis primeras anotaciones e impresiones.

Por cierto, sigo dándole vueltas al nombre del reportaje. ¿Qué te parece Cuaderno de bitácora de un alma a la deriva?

Un abrazo,
Gael.

## Cabeza de Vaca

En la plaza de los Awaraks, epicentro de la ciudad colonial, hay tres ficus flanqueando la estatua del guerrero Anaquely. Un poco más adelante, edificios *art decó* y brutalistas —que lucen en su mayoría abandonados— flanquean la vía por la que transito, en la que los automóviles tienen vedado su paso. Desorientado, pregunto a dos chicas por el nombre de la calle. La primera asegura desconocerlo pese a aparentar ganarse el pan sobre su adoquinado. La segunda musita a un volumen casi imperceptible: «Marqués». «¿Marqués de qué?», pregunto yo. «La calle, mi niño, ¿no era eso lo que querías saber?».

«¡Miel de abeja! ¡Miel de abeja!», anuncia un anciano su mercancía al pasar cuando las muchachas se ofrecen a darme un «*masaje*» que apresuro a rechazar avergonzado.

En un puesto de libros, bajo un tendido eléctrico que más bien parece una madeja, compro un libro sobre la obra y milagros de Juan de Casavieja, primer gobernador de la isla. Más abajo, en el paseo marítimo, junto a un bastión militar que protegía a la ciudad de los ataques de ingleses y corsarios, reflexiono: ¿y es que estas dos palabras no vienen a ser lo mismo?

Un señor con visos de estar alcoholizado y un trozo de comida adherido al labio inferior, me saca de mi ensimismamiento y me lanza un improperio. Decido ignorarlo.

Las plazas en esta villa abundan y destacan por su exuberante vegetación. En cada una de ellas los árboles no dejan hueco al sol y la sombra coloniza el pavimento. Las balaustradas de los balcones se extienden hasta los techos emulando las torretas de las fortificaciones cercanas. «La Regente, la mejor cerveza con el mejor sabor», leo en un cartel publicitario erigido en el malecón.

Y a fe que suscribo dicho eslogan tras un par de deliciosos y refrescantes tragos a una botella de litro que aquí denominan *boein*.

Desde una torre vigía diviso el último de los monstruos marinos que acaba de atracar en el puerto. Su cola se mueve lenta, siguiendo la espiral de vapores que emanan de su estructura. Su vómito inunda las calles. Los lugareños celebran con algarabía su arribo. Ignorantes, cuando la bestia abandone sus costas y se sumerja en las profundidades, su dicha se hundirá con ella por siempre.

En el paseo Cacique Hatuey, a la altura del espigón adjunto a la plaza Luque, un motorista mantiene una videollamada con su esposa llevando de paquete a la que parece ser su amante. El mar rompe sobre la orilla en olas de plástico y un caño de aguas fecales riega la arena con sueños de desarrollo. Surcos a ambos lados de la calzada delimitan la frontera de la inmundicia. Es imposible avanzar entre el tráfico rodado. Los faros de los vehículos son una metáfora del país: avanzan, pero a paso lento y pesado.

En los tumbaos, un negocio tipo abacería en el que se puede comprar desde una botella de ron a una cajetilla de tabaco de diez unidades, una bolsa con hielo o un poco de ají, el *tempo* lo marcan la bachata y la salsa. Las canciones que suenan en el hilo musical me evocan épocas pasadas en las que disfruté de las mieles del placer. Un trago de «doñainés», una bebida local compuesta de vino blanco y zumo caña de azúcar, escolta mi sensación de vacío. ¡Qué raro sentirse acompañado en la soledad! La tendera, una cincuentona pasada de kilos, engulle una empanada de carne y queso *cheddar* con ayuda de un refresco de naranja. Una conversación relativa a un vecino amigo de una sustancia ilegal entronca con la entrega de mi orden, la cual yace en una bandeja de poliespán idéntica a los que embrutecen las playas del malecón.

Me molesta que la gente haya renunciado a la curiosidad de mirarse a la cara por la rutina de quedarse embobados contemplando una pantalla.

Me molesta que hayamos sustituido llamadas telefónicas y encuentros por mensajes de texto con más interpretaciones que cabezas una hidra.

Me molesta que la gente haya perdido la fe.
No en Dios, sino en la esperanza.

Me molesta caminar por ciudades que han expulsado a sus habitantes y comercios tradicionales.

Me molestan las franquicias internacionales que homogeneizan la rica diversidad cultural.

Me molesta que no haya tascas de las de antes: sucias, con huesos de aceituna y cáscaras de altramuces por el suelo y sus mostradores cubiertos de una fina película de cerveza que desprende un agrio hedor a rancio.

Me molestan los gastrobares con propuestas llegadas de remotas latitudes.

Me molesta lo *gourmet*, lo sibarita, lo exquisito.

Me molesta la gente que se desplaza al gimnasio para hacer deporte haciendo uso del coche. La detesto.

Me molesta la gente que reparte *te quieros* como publicidad de bares de alterne por los parabrisas de los coches.

Me molesta haber sido reducido a la categoría de bien fungible; un objeto de usar y tirar.

Me molesta tu ausencia, tu forma de ser, pero más aún el haberme faltado al respeto a mí mismo.

Hay días en que molesta casi todo.
Hasta mi propia existencia.